

Nuestros colaboradores dan la bienvenida al nuevo sucesor de Pedro

La Iglesia, novedad perenne

El Papa Francisco trae de nuevo la novedad perenne del cristianismo: la espiritualidad, el rezar juntos..., en definitiva: el mismo Jesucristo que se hace carne en la Iglesia



El Papa Francisco saluda desde el balcón central de la basílica de San Pedro, el día 13

Francisco, restaura mi Iglesia

Gerardo del Pozo

*Decano de la Facultad
de Teología de la Universidad
San Dámaso*

La primera indicación que Dios nos ha dado a través del nuevo Papa nos viene del nombre que ha elegido: *Francisco*. Doy por supuesto que se refiere a san Francisco de Asís. Su biógrafo Celano cuenta que, mientras rezaba delante del crucifijo de la capilla de San Damián, recibe de Jesucristo esta misión: *Ve y restaura mi Iglesia*. Francisco escuchó la invitación y comenzó a restaurar las iglesias en ruinas en los alrededores de Asís. La primera respuesta fueron las piedras y el dinero. Pero la Iglesia de Cristo es una casa viva, construida por el Espíritu con piedras vivas.

Por eso, la verdadera respuesta de Francisco fue la fundación de una Fraternidad evangélica según el modelo de los discípulos de Jesús: la amistad con Él y la misión de anun-

ciar la buena nueva de su Evangelio yendo de pueblo en pueblo, sin oro, plata, alforjas, dos túnicas, sandalias ni bastón.

Vislumbramos así que Dios quiere proseguir a través del nuevo Papa la labor de renovación eclesial y nueva evangelización ejemplarmente lleva-

das a cabo a través de Juan Pablo II y Benedicto XVI, volviendo a poner en el centro de la Iglesia católica y de su misión la palabra y la realidad del

Una fe operativa y viviente

Alejandro Llano

Catedrático de Filosofía en la Universidad de Navarra

Todo es nuevo en el Papa que acaba de ser elegido en Roma. Nueva en el pontificado es su procedencia del continente americano y su habla española, nuevo es el nombre –¡tan castizo y antiguo!– que ha adoptado, y también es nueva en el oficio su condición de miembro de la Compañía de Jesús. Los últimos cuatro Pontífices proceden de cuatro países distintos, y cada uno refleja una idiosincrasia diferente, un estilo inconfundible. Pero el gran salto innovador ha sido el que acaba de salvar el Atlántico. Va a resultar que la Iglesia no es tan tradicionalista como algunos lamentan, ni padece esclerosis. Y cada vez hace más claramente honor a su condición universal: católica.

Aunque, a estas alturas, ya le habrán colgado numerosos calificativos (tal vez contradictorios entre sí algunos de ellos), lo cierto es que el Papa nuevo no resulta fácilmente clasificable. Extraordinariamente sobrio, siempre al lado de los más pobres, no ha vacilado en enfrentarse con las autoridades civiles cuando han abusado del poder o han cometido injusticias. De piedad tradicional, nunca ha permitido que los tradicionalistas pusieran su espalda contra la pared. Es un hombre libre. Y por eso mismo –no a pesar de ello– es un sacerdote muy piadoso, con una fe operativa y viviente. Como no podría ser de otro modo, su actitud ante las cuestiones morales más candentes –eutanasia, aborto y, más recientemente, ese oxímoron del *matrimonio homosexual*– resulta absolutamente neta.

Aunque los especialistas no han acertado esta vez en sus adivinanzas, ha quedado patente la expansión mundial del interés por la institución religiosa más respetada y sana del planeta. Como dice la ironía popular, «lo importante es que hablen de uno, aunque sea bien». Bien o menos bien, todos hablan de la Iglesia católica y cada día son más quienes la respetan. Al fin y al cabo, con ella uno sabe a qué atenerse y comprueba, un día tras otro, que su fidelidad no está en venta. En tiempos de crisis y corrupciones, ¿alguien da más?